

PEDRO FLORES

**LA ISLA DE LOS
MUCHACHOS
HERMOSOS**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Abril de 2023

Del texto

© Pedro Flores, 2023

De la cubierta

© Miguel Núñez, 2023

www.miguelnunez.eu

De esta edición

© Macleín y Parker, 2023

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-125030-9-8

Depósito Legal: SE-633-2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

A mi amada

Dueña del tiempo, el mar y los monstruos

No sentí resbalar mudos los años.

QUEVEDO

Cuando era más joven podía recordar todo,
hubiera sucedido o no.

MARK TWAIN

Solo quiero ser más rápido que ellos
y echar todo a perder un día tras otro
y un buen rato después saber volver a casa
antes de que el sol me diga que es de día.

BARRICADA

LA ISLA DE LOS MUCHACHOS HERMOSOS

I

Doña Isabelita o la vieja que no cesa



1985-6

La vieja dice que tengo talento para esto, al principio pensé que estaba loca o que me quería manosear, pero no. Doña Isabelita era mi profesora de literatura en el instituto, digo *era* porque ya se ha jubilado. Voy a su casa una vez por semana, los miércoles por la tarde. Ella saca sus libros de poesía, revisa lo que yo escribo con gesto concentrado, anota con su rotulador rojo y apunta en los márgenes de mis «incipientes enigmas», como ella los llama, las correcciones que considera pertinentes. Yo, que la sé una entusiasta de la metáfora le digo: «Maestra, hoy me llenó las cunetas de muertos» y ella, invariablemente contesta: «No bromee con eso, Ríos, que la sangre no se ha secado aún del todo». No sé bien a qué sangre se refiere, pero no indago. A mí se me parece a una ardilla seca y repipi la puta vieja, con sus gafitas redondas y su rebeca color chocolate rancio sobre los hombros. A veces me dan ganas de decirle métase por el culo a todos estos poetas borrachos y trasnochados, que a mí no me van a ayudar en nada. Pero luego, por la noche, leo en casa los libros que me presta, de Rubén Darío o de

Antonio Machado, y vuelvo siempre, el miércoles siguiente, al pequeño salón como de casita de muñecas en el que, de cinco a ocho, ejerce ella, para su único y dudoso pupilo, el oficio que se niega a abandonar del todo. Yo me cago en la vieja de mierda, en la princesa de la boca de fresa y en la Leonor de los cojones, mientras camino bajo el sol por el erial interminable, —¿ven?, sin Isabelita yo no diría *erial*—, que separa La Hondonada, donde vivo, del pueblo, cuatro casas mal contadas en realidad, de Anunciación, donde ella reside, dice que desde siempre, y desde siempre, en su caso, debe de ser mucho tiempo.

Todo empezó cuando doña Isabelita mandó hacer una composición poética a «nuestro albur», así lo dijo, *composición y albur*, la muy cursi, porque quería indagar, y esto también lo dijo así, «si el gusanito de la poesía había puesto en alguno de nuestros cerebros insensatos la diminuta y albina larva de la inspiración», joder, hay que ser retorcida, coño.

En mi casa no había ni un puto libro, bueno, había un manual de guitarra que el viejo se compró y nunca abrió, cuando se jubiló antes de tiempo al romperse la espalda, y una mierda que se llamaba *Vida sexual sana*, situada a propósito en lo alto de un armario. Ese libro me fue inalcanzable hasta los doce o trece años; cuando por fin tuve la altura suficiente para lograr cogerlo, un día que estaba solo en casa, y hojear sus páginas, que yo imaginaba ilustradas con tías en pelotas, comprobé, con infinita decepción, que era un libraco tedioso y santurrón sin una teta ni en dibujo.

Lo cierto es que, de una manera u otra, parece que el gusano de los cojones puso alguno de sus albinos huevos

en mi insensato cerebro, o al menos eso dijo doña Isabelita cuando me tocó leer la composición hecha «a mi albur» en su clase de literatura, ese año en que se jubilaba. La vieja dio un respingo, bueno, puso gesto de sorpresa y luego de quedarse unos momentos muy pensativa dijo: «Vaya, Ríos, además del manriqueño apellido parece que tiene usted algo más que ver con la poesía». Sobra decir que lo de manriqueño me sonó a chino. Pepita Machado, que era una niña con verdaderas pretensiones literarias y un apellido aún más literario que el mío, me miró con sincero odio, pues ella había leído su poema justo antes que yo y doña Isabelita le había dicho que se notaba que había leído mucho a Gustavo Adolfo Bécquer, pero nada más, sin respingo ni nada. También pensé que menos mal que los cabrones de mis amigos habían dejado el instituto antes y que, si ya se descojonaban vivos porque yo había aguantado hasta tercero de bachillerato, no veas si me hubieran escuchado leer el poemita, que por otra parte era algo muy cursi sobre bosques y amores perdidos, cuando no había tenido yo tiempo ni ocasión de disfrutar ni de unos ni de otros. Por mi parte, intenté poner cara de indiferencia, incluso de disgusto, por lo que consideraba una «desviación» lírica, una mariconada, coño, que perjudicaría mi fama de tipo que iba a lo suyo, no sé cómo expresarlo, de marginal condescendiente, —toma ya, las palabrejas que me sé de tanta literatura—, pero lo cierto es que lejos de sentir ese desdén, la sorpresa por las palabras de la profesora había sacudido algo, la puta larva del gusano sería, que yo no sabía que estaba ahí.

Ese año yo dejé definitivamente los estudios, coincidiendo con la mencionada jubilación de doña Isabelita. Unos días antes ella se me acercó en el pasillo y me dijo: «Ríos, no me gustaría que desperdiciara usted su capacidad para la escritura, así que, si usted quiere, yo dedicaré las tardes de los miércoles a partir de la semana que viene a averiguar si estoy en lo cierto con respecto a ese talento suyo o si estoy chocheando por fin», y me extendió un papelito donde había escrito, con su inclinada y perfecta caligrafía, la dirección de su casa. Yo no dije nada y guardé de prisa, mirando alrededor, azorado, que es una bonita palabra, la nota en el bolsillo. Ya hace casi un año que, sin faltar un miércoles, voy a su casa, al otro lado de este páramo, que diría el viejo Machado, tragando polvo errante y rojo, como los poetas cuyos libros amarillentos llevo en mis manos a través de este pedregal sarnoso.

Me gustan, ya lo dije, Antonio Machado y también Miguel Hernández, sobre todo. Doña Isabelita había leído en clase poemas de ellos, los más emblemáticos, afirmaba. Del primero *Retrato*, del que decía que era una de sus composiciones preferidas, —siempre decía composiciones o textos o poemas, nunca poesías—, a mí me gustaba aquel sonsonete, aquella cantinela que, luego supe, se llama ritmo, y me gustaba que Machado se riera de sí mismo cuando decía aquello de *ya conocéis mi torpe aliño indumentario*. Y tan torpe, joder, que parecía un viejo con treinta años, coño, y cuando se murió, el cabrón parecía un anciano centenario; me enseñó doña Isabelita una foto en un libro que sacó de la enorme biblioteca que ocupaba una pared entera de su saloncito. Qué cosa, el salón era, ya lo dije,

como de casa de muñecas, pero los estantes llenos de libros parecían interminables. Ella contaba también, y eso me gustaba mucho, cosas de los poetas, de las mujeres o los hombres a los que iban dirigidos los poemas, de los avatares terribles, *avatares*, una palabra de los miércoles, que sufrieron en vida, de la guerra, aquella de antes, la de la sangre aún fresca, y de otra palabra que desde entonces nunca olvidé y que me parecía más terrible si cabe: exilio. Me cago en mi madre, qué pena me daba ver a toda aquella gente en andrajos y con caras de estar muertos de hambre amontonados como ganado en la frontera entre España y Francia, la puta que los trajo. Dice la doña que los aviones nazis e italianos ametrallaban a la gente cuando huía y que, encima, luego, cuenta ella cada vez más excitada, cayeron en las brasas huyendo del fuego; cómo los metieron en campos de concentración, «no de refugiados, eh, que se sepa»; cómo los cabrones franceses los concentraron como ganado en playas y en sitios peores. Me cuenta cómo llegaron Machado y lo que quedaba de su familia, su hermano menor, su cuñada y su madre anciana y enferma, a un pueblecito pintoresco del sur de Francia, que habría sido bello y acogedor en otras circunstancias, cómo se quedaron de prestado en una pensión y que el poeta no tenía «ni unos calzoncillos que llevarse a las vergüenzas». Cómo murió poco después, «de pena, Ríos, de pena también» y cómo quiso que lo enterraran con un poquito de tierra de España en la caja. Y ya casi con lágrimas en los ojos recita ella, ya no para mí, sino para un fantasmal auditorio que está más allá de sus gafitas redondas, más allá de su salón de muñeca cursilona, más